

GÓNGORA SIEMPRE

OFRENDA LITERARIA LEÍDA ANTE EL SEPULCRO DE GÓNGORA EN EL DÍA QUE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA DEDICA AL POETA

Rosa Luque Reyes
Académica Correspondiente

Recibí tan agradecida como abrumada, consciente del prestigio de quienes me han precedido en este trance a lo largo de los años, el encargo de realizar hoy la lectura poética de homenaje a don Luis de Góngora y Argote en la fiel cita anual de la Real Academia de Córdoba con su patrón laico, cuando solo faltan nueve años para la conmemoración del cuarto centenario de su muerte. Pero como no nací con el don de crear versos sino que tengo por oficio el periodismo, y no es con poemas sino con lo escrito en prensa con lo que estoy familiarizada, me permitirán ustedes esta mañana tan similar a la de aquel 23 de mayo de 1627 en que el mundo de las letras lloró la pérdida del gran poeta culterano, y aún la sigue llorando, que traiga al recuerdo algunas de las palabras y pensamientos que firmó para la posteridad en sus notas y artículos, publicados casi todos en el diario *Córdoba*, aquel gran académico y primer director del Instituto de Estudios Gongorinos que fue don José María Ortiz Juárez, rendido devoto del autor de las Soledades. Pretendo así, con toda humildad, rendir un doble tributo: a nuestro gran poeta del Siglo de Oro y a quien derrochó buena parte de su mucha sabiduría a defender contra viento y marea, ya fuera en los más ilustres foros o en las apresuradas páginas de un periódico —no tan perecederas como suele creerse— la obra de una de las figuras más señeras que han dado las letras españolas, a quien, como a todos los grandes, nunca le han faltado enemigos íntimos como todos ustedes saben.

Sin embargo, como ha recordado otro eximio gongorino, el poeta y académico Manuel Gahete en su reciente libro *Córdoba íntima* —donde recopila algunas de sus colaboraciones en el citado diario local—, “Góngora regresa a nuestro paisaje del siglo XXI rejuvenecido y transparente (...), ubicado sin aristas en el territorio de lo intangible, en el espacio de los inmortales” (en el artículo “Góngora, patrón laico”). Pero no siempre ha sido así, de modo que Ortiz Juárez, “incansablemente gongorino” según lo ha definido Antonio Ramos Espejo, exdirector del *Córdoba*, aprovechaba cuantas ocasiones se le ponían a tiro para hacer campaña del que consideraba “valor excelso de la lírica”. Así, en una entrevista que tuve el honor de hacerle para este rotativo, publicada el 17 de abril de 1997, el catedrático de Lengua y Literatura, ya entonces jubilado, defendía incansable que Góngora, cuya obra

empezó a conocer siendo niño, en 1927, a raíz de la celebración en Córdoba del tercer centenario del fallecimiento del poeta, “siempre es tema actual, no se queda antiguo, porque su poesía se presta a una interpretación particular”. Y ponía como ejemplo de esa permanente vigencia la inminente aparición por aquellas fechas del libro *Hilar la memoria de Góngora*, título basado en el hermoso verso “hilaré tu memoria entre las gentes”, del soneto que dedicó a Cristóbal de Moura, gran privado de Felipe II, con la más que probable intención de ganar los favores del monarca. La obra, una pequeña joya editada por Cajasur hoy difícil de encontrar, es una antología de artículos periodísticos del académico sobre don Luis, con la que el diario *Córdoba* abrió su colección ‘Torres Coronadas’, de tan breve recorrido que nació y murió con la recopilación de textos de Ortiz Juárez, o mejor dicho, declaraciones de su amor incondicional hacia el poeta siempre vivo.

Siempre vivo pero, en vida, como buen barroco, aficionado a tratar el tema de la muerte, hasta el punto de que entre lápidas, sepulcros y cantos elegíacos a notables desaparecidos o en procurar de que su memoria no se perdiera con su marcha de este mundo, ya reconocía don José María que es difícil seleccionar los mejores versos de este tema. La muerte de un amigo o de un personaje importante “fue en muchas ocasiones motivo para que don Luis dejara para la posteridad el legado de bellísimas consideraciones sobre la brevedad de la vida y el paso incontenible del tiempo”. “Pero hay un solo remedio contra su inexorable daño —concluía en su artículo “Hilar memoria e hilar hilo”—, (y ese remedio es) mantener la memoria de los seres cuya fama y cuyo recuerdo debe permanecer”.

Hoy la Real Academia de Córdoba vuelve a hilar la memoria de Góngora y lo hace una vez más ante su sepulcro en esta capilla de San Bartolomé de antiguo perteneciente a los Argotes, lo que explica que el racionero de la catedral fuera enterrado aquí junto a sus padres y su tío Francisco. Sobre esta capilla del primer templo de la ciudad, fundada en el siglo XIII por Martín Muñoz, tiene escrito otro gran poeta cordobés, Ricardo Molina, en su libro *Córdoba gongorina*, editado por el Ayuntamiento en 1962, obra en la que describe con bella y limpia prosa el mapa vital de don Luis. Y también lo hace Ortiz Juárez, antiguo vecino y amigo del cofundador de Cántico, en otra compilación de artículos publicados en periódicos y revistas que editó en 1986 el Monte de Piedad. Córdoba en unas notas es su título, y en su capítulo “Góngora se mueve” lamenta el trasiego de sus restos mortales, un baile macabro en pocos metros del gran lírico, primero desplazado en 1858 por su pariente el Marqués de Cabriñana, según reza la lápida que redactó en latín Casas-Deza, hasta el muro derecho y luego, debido a las obras realizadas a mitad de los años ochenta de la pasada centuria, a las que se debe la imagen actual de este recinto sagrado, trasladados a la capilla de San Pedro y San Lorenzo, a pocos metros de esta, de donde salieron puntualmente hacia la de la Purísima para celebrar como hoy una misa en recuerdo del poeta. En 1992 se trasladó la lápida que cubría los restos del poeta al lado izquierdo, y en el derecho se colocó el cenotafio que contemplamos. Y comentaba con triste ironía Ortiz Juárez —cuyo artículo fue anterior a este último desplazamiento— que “Góngora puede ir de una capilla del XVI a otra del

XVIII, y de aquí a la de la Purísima, barroca de últimos del XVII. Solo en Córdoba pueden andarse distancias ínfimas para recorrer espacios máximos en la historia”.

A ella pertenecerá siempre don Luis de Góngora, de quien Ricardo Molina escribió que, “en contraste con el abandono con que fueron tratados sus restos, su muerte fue universalmente sentida”. Prueba de ello, recordaba, es el soneto que le dedicó a su muerte Lope de Vega, su enemigo del alma, en la Corona fúnebre:

Despierta oh Betis la dormida plata,
y coronado de ciprés, inunda
la docta patria en Sénecas fecunda,
todo el cristal en lágrimas desata.

Repite soledades, y dilata
por campos de dolor vida profunda.
Única luz que no dejó segunda,
al Polifemo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
mortal al tiempo, ya la culta lira
en cláusula final la voz incluye.

Ya muere y vive, que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne expira.

Muchas gracias.